

Democracia y desencanto

Diego Tatián

¿Porqué pensar y creer que de la democracia debe esperarse algo, algo que no sea *esto*? ¿Porqué no pensarla como la forma misma del desencanto, como un ejercicio de decadencia que a fin de cuentas sería predilección de nuestra prudencia, nuestra posibilidad menos bárbara? ¿Qué nos da motivos para desearla como algo más que la evitación negativa del *summum malum* de la dictadura? ¿Porqué no admitir simplemente que los medios a través de los cuales en ella se continúa la guerra son preferibles a la guerra misma, tanto como a la "paz" del tirano? ¿Porqué imaginarla como un espacio de construcción colectiva donde los hombres dejan de ser lo que son -dejan de estar como están- para ser lo que pueden ser, para estar de otro modo?

¿Porqué pensar y creer? ¿Porqué desear? ¿Porqué imaginar?

I. La "decepción democrática" no lo es -no lo es sólo ni principalmente- por la corrupción generalizada, ni por el nihilismo tecnocrático-procedimental que instituye su totalitarismo como si fuera la cosa más natural y neutral, ni por la mixtura de prepotencia e hipocresía de quienes detentan el monopolio del poder -de coacción, de decisión, de imposición...-. La decepción por la democracia, en suma, no lo es por la ineficacia de las instituciones, ni por la mediocridad de los gobernantes; el problema, antes bien, me parece ser *nuestra* falta de ideas, de creencias, de imaginación y de deseo. Por lo demás, ninguna democracia abolirá jamás la escena primera del acto tercero de *Hamlet*.

Pensar, creer, imaginar y desear son en cierto modo acontecimientos *ex-nihilo*, no necesitan argumentos ni motivos: suceden o no. También lo son las pasiones: la justicia, la patria, la indignación, el orden, la revolución, la tradición, la igualdad, la jerarquía...; pasiones de izquierda, pasiones de derecha ("pasiones rojas", "pasiones negras", dice Remo Bodei). ¿Cuáles son las pasiones de la democracia? ¿O bien es la democracia esa

forma política que exige el desapasionamiento por condición? Las pasiones democráticas, la democracia misma como pasión, parecieran experimentar su intensidad mayor ante la ausencia de su objeto; cuando la democracia se convierte en una situación "normal", sus pasiones se atenúan o desaparecen: es lo que, por lo demás, sucede con frecuencia en cualquier proceso de normalización.

Sin embargo, hay quienes se resisten a la normalización, quienes no se acostumbran, quienes conciben sus actos y sus palabras, su trabajo intelectual, como una tarea de desbanalización; quienes rechazan que la democracia sea pura cantidad y buscan en ella una calidad, una intensidad.

II. Democracia ha sido durante siglos la palabra encantada que nombra una aspiración de sentido, el espacio en que tiene lugar la construcción de la libertad pública: una esfera que suspende la persecución, donde los filósofos pueden hablar, los intelectuales criticar y los ciudadanos en general conducir sus vidas a partir de ideas que nacen de una deliberación y se modifican en ella. Una modalidad según la cual las partes compiten entre sí de manera pacífica, esto es retóricamente, para intervenir en el espacio público en virtud de programas y convicciones diferentes. La democracia moderna, cuyo teórico primero y mayor fue Baruch Spinoza, es pensada en el momento de su irrupción como la organización política en la que las potencias individuales de una comunidad de hombres encuentran su forma plena, en la medida en que dicha comunidad no presupone la anulación ni la extirpación de los derechos naturales de los individuos sino que más bien les da curso, los gestiona políticamente. Democracia es así la libertad individual originaria que se incrementa en cuanto se vuelve pública. La spinozista al menos es una democracia afirmativa que se constituye según una lógica de la inclusión, en la que nadie sobra: no tiene la forma de una liberación negativa sino de una producción común de la libertad.

El problema, nuestro problema a pensar después de tres siglos de discusiones al respecto y experiencias de muy distintas calidades, es si la palabra que nombrara la forma misma de la libertad, el entusiasmo de ser con otros, el deseo de pluralidad, no ha vaciado e incluso invertido su significado. Es decir, si democracia no ha dejado de ser un término que remite a la libertad de los hombres para ser, antes bien -peripezia dialéctica

no infrecuente en la historia de las palabras- el estado estacionario de una dominación consentida y, por eso mismo, perfecta; la forma social que mejor se corresponde y se adecua más que ninguna otra a la voluntad de poder devenida total, global. Democracia podría ser así la articulación misma de esa voluntad de poder, el régimen político que mejor expresa la modalidad -hermenéutica y práctica- totalitaria que adopta la voluntad de poder como técnica. En una palabra, democracia no sería entonces un deseo de libertad ni un deseo de la libertad sino una exigencia de la técnica: privilegio de los procedimientos por sobre la imaginación política, de los comportamientos y las conductas por sobre las acciones, de un colectivo constituido como "población" en vez de un espacio integrado por una pluralidad de singularidades no equivalentes en cuanto tal, irreductibles. Democracia como aplicación estadística de reguladores que se extienden sobre todos los aspectos de la vida humana, desentendida de cualquier aspiración ciudadana de libertad; democracia, pues, en tanto "biopolítica": tasas de natalidad, programas de salud pública y de alimentación, racionalización de la reproducción, índices de mortalidad, serían sus objetivos principales, si no únicos. Democracia deja de ser por consiguiente la condición de posibilidad fundamental para construir la libertad, en favor de ser concebida como un conjunto de técnicas de conservación de la salud y de la vida que consume, cuyo solo propósito es el de una eficacia cada vez mayor. La democracia política como agonismo de las ideas, como de liberación respecto a la "vida buena" deja paso a una discusión de expertos respecto a las soluciones necesarias para dar cuenta de la "urgencia del vivir". Esto ante lo que estamos es así considerado por algunos como una forma de la banalidad del mal, frente a lo que el pensamiento debe permanecer atento, recuperar el asombro, mostrar lo que no se ve, decir lo que no se dice; acompañar "lo que se queda", escuchar "lo que se queja". Pero con un pensamiento que presta atención, se asombra, acompaña y escucha, nada "útil" puede hacerse, aunque sí algo muy importante: des-disciplinar la vida común, des-normalizar la vida en común, evitar que la política expurgue de sí el gusto por la comprensión.

III. Una de las formas que la democracia puede adoptar es la del *chantaje*. La democracia como chantaje inhibe las ideas, los deseos y la imaginación, clausura el pensamiento y bloquea la crítica. La estructura del

chantaje es funcional al estado de cosas tal y como está dado: si no esto, lo peor, el *summum malum*, el mal de la muerte mutua. La alternativa es esta democracia o dictadura. Todo emprendimiento de radicalización, cualquier aspiración de *democracia profunda*, redundaría, conforme esta perspectiva, en su contrario. También el *duelo* -la democracia como duelo, como elaboración de la muerte que ella, presuntamente, interrumpe- es o puede ser invocado siempre que quiera silenciarse a los descontentos, neutralizarse las palabras demasiado estridentes o cancelarse la energía política que busca liberarse de las formas reificadas que la someten. Hay que hablar en voz baja, recuperar el pudor, atemperar las pasiones -o bien cuidarse de expurgar las rojas y las negras, permitirnos sólo las grises-, y sobre todo tolerar, -tolerancia que debemos pensar en latín: *tolero*, es decir "soportar"-, soportarlo todo o casi por temor de lo que ya conocemos, por esperanza de que no vuelva a suceder. En una palabra, debemos ser responsables a fuerza de memoria y de experiencia, aprender de lo que ha pasado y recordarlo siempre. El carácter represivo de este llamado al orden es evidente, pero al mismo tiempo no deja de revestir una cierta razonabilidad. ¿Cómo desplazar o ensanchar nuestro horizonte de posibilidades políticas sin la candidez de quien cree que no ha habido historia -una historia- antes de su voluntad transformadora?

Hannah Arendt nos enseñó que, en cuanto ser vivo capaz de llevar una forma de vida política, el hombre es un ser-para-el-nacimiento y la "natalidad", la capacidad de poner en el mundo algo que antes no estaba, el poder de iniciativa y la imprevisibilidad de las acciones son el secreto mismo de su libertad. Sólo que esto -la política, el deseo de libertad-, también nos enseñó Arendt, es "tan difícil como raro". El desencanto por la democracia en realidad es avatar de algo más vasto: la despolitización, la crisis de la política o su muerte, según se prefiera el tono. En nuestro caso, tras este fenómeno hay un fracaso -una masacre más bien- y, efectivamente, un duelo. Despolitización es "inmunización" de todo conflicto, que es la sustancia misma de la política, y con mayor medida si esta adquiere una modalidad democrática. Un fracaso y un duelo inhiben aquellas energías políticas que pudieran tener un curso conflictivo. ¿Qué hacer pues frente a esta democracia, que ha nacido de un genocidio y ha buscado por todos los medios -aun el de la cancelación de la política- sobreponerse a él; una democracia que es a la vez documento de cultura y documento de barbarie? ¿Se presenta el espacio público todavía como estímulo para la refle-

xión, motiva nuestra intervención en él, con ideas y con actos? ¿O se trata ya de un territorio que deberá abandonar quien conserve el gusto por la libertad? ¿No estamos frente a lo mismo que contestaron el epicureísmo griego o el estoicismo romano cuando prescribían el retiro de lo público? ¿No fueron el helenismo y el imperio de Roma también ellos formas de globalización que encerraban la clausura objetiva de lo político?

Acaso esta cuestión sea por el momento indecidible. Pero en uno u otro caso la consolidación de lo procedimental, de las leyes y formas institucionales que regulan la pluralidad resultará imprescindible. La crítica ya no puede serlo -en lo esencial al menos- de las reglas de juego, sino que debe más bien presuponerlas. Los esfuerzos por una fenomenología de la democracia y una prescripción de sus modalidades más adecuadas -pienso en la escuela de Norberto Bobbio, en el último libro de Gianfranco Pasquino aparecido tras la victoria del *Ulivo* en Italia; etc.- son a mi modo de ver necesarios, como así también la discusión sobre la justicia que desde hace décadas está en el centro del debate que tiene lugar entre algunos de los más significativos filósofos de la política actuales. Los peligros que han señalado muchos críticos -democráticos- de la democracia (el igualitarismo que reduce todo a lo mismo, la tolerancia indiferente, la mengua de la voluntad política, la tiranía del número y el consiguiente detrimento del libre juego de las calidades), me parece que no son peligros *de* la democracia sino peligros *en* la democracia. Quiero decir, no se trata de acentuar lo que la democracia hace con los hombres, sino de pensar lo que éstos mismos hacen o dejan de hacer en ella.

IV. A comienzos de 1999 en Venado Tuerto un grupo de intelectuales y filósofos discutieron sobre la "desolación", sin llegar a ponerse del todo de acuerdo sobre si el vocablo remite etimológicamente a "suelo" o a "sol"; en cualquiera de los dos casos, sea la metáfora del desierto que crece o de los tiempos de oscuridad que se ciernen sobre los hombres, el problema es el mismo. Pero lo esencial, me parece, no se juega en la forma democracia -que en cuanto tal no se confunde con experiencias de democracia sustantiva que los ciudadanos puedan inventar, pero tampoco las impide- sino a nivel del deseo: es allí donde mora la desolación. Ningún reencantamiento deliberado, programado, injertado por propaganda o impuesto por violencia puede sino acabar en restituciones más o menos in-

genuas pero siempre fundamentalistas. Que, en cambio, los hombres deseen vivir de otro modo y que este deseo se exprese políticamente es cuanto menos una posibilidad regulativa que preserva siempre abierto el espacio político. "Tiempos de oscuridad", "desolación", significan el deseo inverso, el hecho de que los hombres -según el asombro fundamental del *Tratado teológico político*- trabajen por su esclavitud como si se tratara de su libertad. Todos los tiempos han sido en realidad más o menos oscuros, más o menos desolados. Si la pregunta metafísica fundamental reza desde Leibniz: ¿Porqué hay cosas? ¿Porqué hay entes y no nada?, la pregunta política fundamental -si vale la traslación-, experimentada con toda radicalidad en el siglo XVI por Etienne de la Boétie, podría formularse como sigue: ¿Porqué los hombres obedecen? ¿Porqué se obedece cuando no es razonable hacerlo (puesto que -aunque no para La Boétie- podemos pensar en casos de obediencia razonable), cuando la obediencia no redunda en utilidad alguna, cuando no implica ningún contra-don? ¿Porqué se consiente la esclavitud cualquiera sean las maneras que ella adopte? Brevemente: ¿Por qué hay servidumbre y no más bien amistad? Ni el miedo, ni la cobardía, ni la costumbre o la ideología bastan para responder aquí: se trata tal vez del misterio más hondo, el secreto de la desolación de todos los tiempos.

V. No obstante ser la representación uno de los rasgos específicos y principales de la democracia, ésta puede también ser pensada como el lugar de implosión de toda mimesis, como reaseguro frente a la estetización de la política, que Benjamin -aunque equivocado en su consideración del comunismo como politización del arte- señalaba con acierto era la esencia del fascismo. Toda nostalgia de la *polis* como obra de arte deja su lugar, saludablemente, a la ciudad democrática como "pluralidad irrepresentable", esto es como un espacio colectivo que no tolera una *reductio ad unum*. No es una plenitud de lo público sino un ámbito plagado de secretos lo que la democracia procedimental y formal hace posible hoy; una poliarquía inconmensurable, un cultivo de rarezas y de experiencias indecibles que, a su manera (manera política al fin) corroen por ausencia el poder que, en el momento actual, es poder de instituir progresivamente el mundo de la comunicación total. Ya decían Guattari y Deleuze -se lo decían, supongo, a Habermas- que no es comunicación lo que necesitamos,

comunicación es lo que nos sobra. Nos hace falta más bien resistencia: a lo que hay, a lo que se presenta como universal y necesario, a lo que -justamente- se comunica. Nos hace falta también afirmación, en la medida en que haya margen para ello; una afirmación colectiva que resulte de componerse las potencias singulares según una inclusividad ilimitada. En caso de que una afirmación tal no suceda, se buscarán formas restrictas de ser y de actuar con otros. Aunque constitucionalmente se prevé la expropiación no sólo del poder con el que se nos gobierna sino también de nuestra capacidad de deliberación ("el pueblo no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes"), tal vez se trate de recoger en nosotros mismos los restos que han permanecido inalienados y de hacer en base a ellos una composición con otros, un *collage*, una política de fragmentos que no se reconcilian en ninguna imagen, que más bien resisten a formar parte de una imagen (sabemos desde Heidegger lo que significa hacer imagen de algo o de alguien, que la "época de la imagen del mundo" no se restringe a la física sino que consiste sobre todo en la diseminación de un mismo procedimiento de dominio que se extiende a todos los ámbitos; uno de los mayores legados de Heidegger, a mi modo de ver, es la cuestión siguiente: ¿qué sería pensar la política y hacer una política que desfundamente aquella que corresponde a la época de la imagen del mundo; una política pues que no fuera "imagen del mundo"?). Una democracia que se sustrae a cualquier estetización de lo público -a la esfera pública como *Bild-* y que libera a la acción del objetivo de "transformar el mundo": no hay mundo que pudiéramos representar, ni mundo que transformar. No hay en general algo así como un mundo.

VI. En una página de singular intensidad, Karl Löwith recordaba las últimas conferencias de Max Weber en Munich: ya "pálido, caminando con gesto abatido y movimientos rápidos por la sala repleta... Hablaba de un modo totalmente libre. La impresión fue estremecedora. En sus palabras se concentraban la experiencia y la sabiduría de toda una vida. Cada pensamiento nacía directamente desde su interior...". Estamos en el invierno de 1918 y el viejo maestro -que moría un año más tarde- describía el tiempo en ciernes como "una noche polar de helada dureza". En la última parte de su conferencia más impresionante, *La ciencia como profesión*, decía Weber: "Es este el destino de nuestra época con su característica ra-

cionalización e intelectualización y, sobre todo, con su desencantamiento del mundo que hacen que se retiren de la vida pública los últimos y más sublimes valores y busquen refugio ya sea en el reino extra terreno de la vida mística o en la fraternidad de las relaciones inmediatas y recíprocas de los individuos. Nada tiene de fortuito que nuestro arte más eminente sea íntimo y no monumental, ni tampoco el hecho de que actualmente sólo en los círculos sociales más pequeños, de hombre a hombre, en *pianissimo*, palpité algo que corresponda a lo que antes iba en llama impetuosa a través de las comunidades...".

El desencantamiento es nuestro destino, la democracia su forma, el *pianissimo* de la amistad y el arte íntimo los lugares de la libertad.